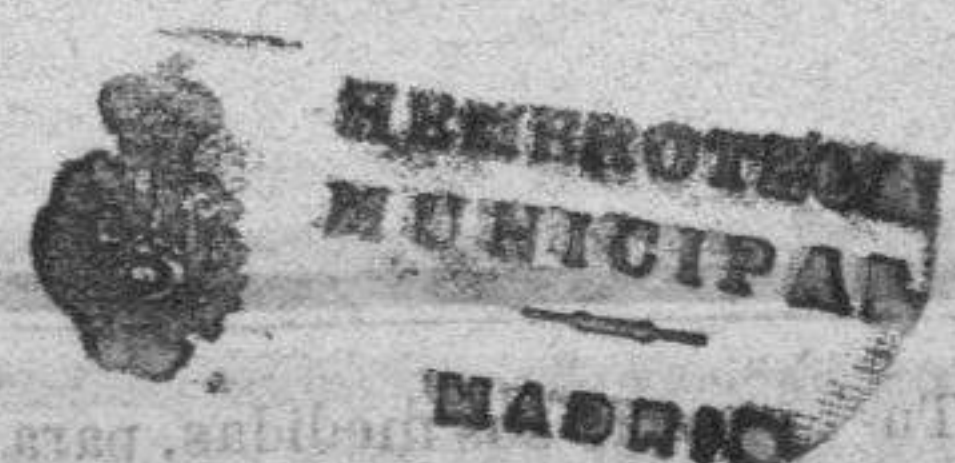




EL CONTEMPORANEO.



Edición de Madrid.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecido en la calle de Trágueros (Prado) núm. 20, entresuelo.—También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 47; Cuesta, calle de Carretas, número 9; López, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Jerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid.—Viernes 12 de Diciembre de 1862.

PROVINCIAS.—15 rs. al mes y 45 al trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviarlo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el su-critor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Extranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Núm. 599.

MADRID.

11 DE DICIEMBRE.

Con rubor en el rostro y vergüenza en el alma asistimos á las discusiones que en estos momentos se verifican en el Senado.

¿Qué gobierno es este? ¿Qué hombres son los que le apoyan y le sirven? ¿A dónde están las condiciones políticas del uno y de los otros?

Por donde quiera que tendemos la mirada no observamos mas que la continua lucha de los elementos que componen el actual orden de cosas, la perpetua contradicción entre los actos del gobierno y de sus delegados, la inconsecuencia mas reprensible, las personalidades mas insensatas, las miserias mas despreciables y los sucesos mas ilógicos y mas contrarios al sentido común y á la opinión pública.

Tres dias ha hablado el marqués de los Castillejos, tres dias ha durado su elocuentísimo discurso, que es la acusación mas terrible y mas justa contra el torpe ministerio que desgraciadamente dirige los negocios de la patria.

¿Qué cúmulo de absurdas contradicciones, de ridículas inconsecuencias y de debilidades incomprensibles de parte del gobierno vicalvarista, se desprende del discurso que hoy ha escuchado Madrid y que mañana leerá la nación entera!

¿Cómo, si el conde de Reus cree lo que ha dicho, si tiene en su conciencia las palabras que ha pronunciado al apreciar la conducta del gobierno francés, ve con sangre fría, ve con buenos ojos, la actitud que actualmente ante ese gobierno toma el gabinete de España?

Pues qué, ¿caso la política en que se juega la suerte y el decoro de los pueblos se hace de esta manera? Pues qué, ¿caso se pueden decir cosas tan graves como las que el conde de Reus ha dicho, para continuar luego apoyando y defendiendo á los que obran de una manera enteramente contraria? ¿Y ese gabinete, que así se deja maltratar, porque los tiros del general Prim le hieren de rechazo, no solo no encuentra ni una palabra que contestarle, sino que recibe con la risa en los labios el gravísimo discurso del marqués de los Castillejos!

Con la risa en los labios! Esta tarde hemos visto *sourire*, por primera vez, al general O'Donnell desde que comenzó la legislatura. El asunto podrá ser muy risueño para S. S.; pero como para el país es muy triste, nosotros ni siquiera queremos acordarnos de la inoportuna sonrisa del presidente del Consejo de ministros.

El general Prim habrá justificado que su conducta está acorde con las instrucciones del gobierno. Pero en este caso, ¿cómo el ministerio justifica lo que hizo después de dar al general Prim sus instrucciones, y lo que hace actualmente con el gobierno de Francia?

La situación del gabinete vicalvarista es insostenible, porque de no levantarse á protestar contra algunas insinuaciones del marqués de los Castillejos, se ha hundido y se ha desprestigiado por completo ante la opinión pública. ¿Cómo se concilian las seguridades que da el general Prim de que no volverán á la república mejicana nuestras tropas, con los últimos despachos del gabinete, dirigidos por medio del embajador español al gobierno francés? ¿Acaso el general Prim no ha leído esos documentos, ó es que pretende en esta parte combatir la política y las intenciones del gabinete vicalvarista?

¿Y cómo permite el gabinete, sin protestar contra ella, la apología del gobierno de Juárez, de un gobierno que despidе ignominiosamente á nuestros embajadores, que veja y maltrata á nuestros compatriotas, tan mas cuanto que esa apología la hace un alto funcionario público, el jefe del ejército español, que fue en son de guerra á exigir satisfacciones y garantías, que hasta ahora ni se han recibido ni se han dado?

El general Prim defiende en el Senado al gobierno de la república mejicana.

El gabinete español dice en sus comunicaciones al francés que se reanudarán los tratados y que se volverá á establecer la acción combinada contra Méjico.

El general Prim asegura que los plenipotenciarios franceses fueron *desleales*, y que su conducta y la del ministro del imperio es indigna.

El gabinete español se disculpa con el gobierno de Francia y le pide con humildad que desechе su enojo.

El general Prim afirma que su conducta está conforme con las instrucciones, y que el culpable de todo es el plenipotenciario del vecino imperio.

El gabinete declara en el discurso de la corona que la culpa de lo ocurrido la tienen todos los plenipotenciarios de las potencias aliadas, y después de esto, y después de tantas absurdas contradicciones, el general Prim pretende que no ha hecho un discurso de oposición, y el ministerio no tiene la energía suficiente para levantarse á rechazar las apreciaciones del general Prim!

¿A dónde iremos á parar por ese camino, si los hombres públicos pierden la dignidad política hasta el extremo de mostrarse tan abatidos y tan humildes, cuando se trata de los altos intereses del país?

Quizá mañana ó pasado ó otro día, se levante y pida la palabra el gobierno con el fin de explicar su conducta en este asunto, pero ¿quién dice que esta noche misma no pueda verse hodioged por el embajador francés, para que salga de una *réserve* á todas luces incomprensible y anómala? ¿Y cuál sería la posición del gabinete, si llegara ese caso, que es tan probable?

Cuando no da ira da miedo penetrar en el em-

brollado laberinto de la situación vicalvarista, donde se resuelven y confunden las mas flagrantes contradicciones, las mas lastimosas inconsecuencias y las mas absurdos despropósitos.

«Tened piedad de la república de Méjico!» decía poco mas ó menos esta tarde el general Prim, dirigiéndose á los hombres de Estado.

«Tened piedad antes de vuestra patria! decimos nosotros al general Prim y á cuantos mutuamente se sostienen y se apoyan en esta situación. Tened piedad antes de vuestra patria, y no la esponga á terribles perturbaciones por miserias políticas, ó por conservar un poder que acaso sea vuestra ruina y la ruina de los pueblos que os encomendaron su porvenir y su decoro!»

Mucho ha hablado el conde de Reus en estos dias, nada le ha respondido el gobierno, y la verdadera cuestión de Méjico permanece en pie, porque ni se ha tratado, ni lleva trazas de tratarse por ahora.

Que la cuestión se elevó á una grande altura con el discurso del general Prim, dicen sus amigos. ¿Elevarse á grande altura! Lo que ha hecho ha sido rebajarse hasta el punto de que es imposible salir de ella sin temibles compromisos para la patria.

Del porvenir de nuestra nación en Méjico, y de la actitud de aquella república para con nosotros, ya sabe el país que el ministerio vicalvarista carece completamente de ideas, lo mismo que en las demás cuestiones que se sujetan á su criterio.

¿Habrá algun hombre de Estado en la alta Cámara que eleve este importante asunto á su verdadero terreno? ¿Podrá esperar el país tal vez del Sr. Bermúdez de Castro, del Sr. Miraflores, del Sr. Alvarez, ó del marqués de Novaliches, que digan alguna cosa digna de llamar la atención pública en el negocio que á todos trae preocupados? Allí veremos.

Por lo demás, el desprestigio del ministerio es completo, y si después de lo ocurrido, el gabinete sigue la política iniciada en sus últimas comunicaciones al gobierno francés, y el conde de Reus se contenta con continuar siendo *ingeniero general y con perseguir jabales en los montes de Toledo*, no sabremos qué pensar ni del conde de Reus ni del gabinete.

Perdónenos nuestros lectores que hoy se levante algo el *diapason* en este artículo, ordinariamente entretenido y bromista; pero cuando los hombres públicos descienden, tiene que levantarse la opinión, que no es tiempo de entretenimiento ni de broma, el en que se ven venir sobre la patria males traídos por una política torpe, y por un ministerio desatentado.

CRÓNICA PARLAMENTARIA. SENADO.

En la sesión de ayer terminó al cabo el largo discurso del general Prim. El numeroso auditorio, á pesar de lo interesante del asunto de que se trataba y de las buenas dotes del orador, es menester confesar que se iba ya cansando un poco. Tal es la desgracia de las cosas que se hacen mal, que hechas desdoran, y referidas cansan.

La política del gabinete O'Donnell ha sido tan inhábil y tan deplorable en Méjico, que no solo trae graves disgustos y descrédito á España, sino que aburre además á los españoles to los: á los senadores, diputados y periodistas, obli gándolos á no hablar, hace unos cuantos meses, sino de este trillado y fastidioso asunto, y á los demás ciudadanos, obligándolos á oír ó á leer interminables y cotidianos discursos y artículos sobre los sucesos de Méjico.

Si no fuese porque el buen nombre de la patria y su porvenir en América están intimamente enlazados con este negocio, tal vez ya ni al mismo Demóstenes le sufriríamos hablando de él durante tres dias. Pero los tiempos de Demóstenes eran, en este punto, mas dichosos que los nuestros, y todas las filípicas juntas no formarían tanto volumen como un discurso de ahora, ni como la décima parte de lo que cualquier periódico de Madrid ha escrito sobre el acta de Orizaba.

Desgraciadamente la política del gabinete O'Donnell en Méjico es tan enmarañada y confusa, que á fin de que se aclare, necesita de esta pesadez, de que no solo acusamos al general Prim, sino que tambien nos acusamos nosotros. Aun así, justo es confesarlo, lo que es en el discurso de ayer, el general Prim tocó mas en nuestro sentir el verdadero punto importante de la cuestión mejicana. Su ferviente apología de Juárez, sus ominosos avisos á Francia, sus ponderaciones sobre lo inconquistable de nuestra antigua colonia y sobre las calamidades que acarreará á Francia el ocuparla por fuerza, y mas que nada su modo de escusar, hasta cierto punto, los malos tratos que nuestros compatriotas han tenido que sufrir en aquella república; todo esto, decimos, no puede menos de disgustarnos y de movernos á ir en contra de la opinión del general Prim.

No queremos ni hemos querido nunca que el poderoso se imponga al débil, que por la violencia se exija lo que no es justo, y que se tiranice á una nación libre y soberana, y se la arrastre á aceptar una forma de gobierno que le repugna. Pero si queremos y hemos querido siempre que cuando se amenaza, la amenaza sea cumplida, y que si se va á tierra extraña con una exigencia, tratando de hacerla valer con las armas en la mano, la exigencia sea satisfecha, y no fiemos solo su satisfacción de la bondad, de la longanidad y de la filial ternura del pueblo que ha sido conminado en ba ñe. La mansedumbre en tales casos

es origen de menosprecio, y no de estimación ni de cariño.

Tampoco podemos convenir con el conde de Reus en la censura que hace de las reclamaciones francesas, y no porque creamos ó dejemos de creer que son inicuas estas reclamaciones, sino porque el general Prim tiene en nos autoridad que nadie para hacer semejante censura. El general Prim debió sellar los labios sobre dichas reclamaciones el dia en que aceptó las instrucciones en que se le prescribía que no le tocaba examinarlas, sino hacerlas valederas; el dia en que aceptó tambien el encargo de hacer valer las reclamaciones españolas, de exigir el cumplimiento incondicional de la *convención de 1853*, calificada por él de no menos inícuas.

De todo lo demás, hemos dicho ya, y nos afirmamos en ello, que el general Prim queda justificado. El general Prim ha cumplido las instrucciones de su gobierno, y ha sido aprobado por él. De lo que el general Prim no puede justificarse es de haber aceptado una misión y un mando, contrarios en mucho á su manera de pensar, solemnemente declarada en el Senado; una misión y un mando que todo hombre previsior debió conocer que habrían de tener un fin deslucido, cuando no desastroso. ¿Qué esperanza podía abrigar el general Prim en su corazón, por confiado y generoso que le fuesen, de salir bien de una empresa opuesta á sus opiniones, y en la cual se reducía á ser un mero instrumento del Sr. Calderon Collantes? Mal, muy mal ha salido de todo el señor general Prim, pero aun nos maravillamos de que no haya salido peor, dadas las referidas circunstancias, y sinceramente atribuímos esta atenuación de lo malo á su prudencia, habilidad y demás buenas prendas de hombre de Estado y de guerra.

Ayer se ocupó principalmente el general Prim en rebatir el discurso del ministro francés M. Billault, y lo hizo con una moderación tan noble, que demostró por ella, mil veces mejor que si hubiera empleado palabras duras, su inmensa superioridad de carácter sobre el mal mirado y poco circunspecto ministro que se atrevió á ofenderle con emboscadas retenciones, mas indignas aun que la procaacidad sin rebozo.

No nos queremos detener, aunque es por estrecho curioso, en el período del discurso del general en que procura hacer ver que en Méjico no hay casi nadie que desee la monarquía. En este punto nos inclinamos al parecer del general; pero no vamos hasta decir como él, que los únicos monárquicos mejicanos son los Sres. Gutierrez Estrada y Almonte, los PP. Aro y Miranda, y el joven secretario de legación, Hidalgo, á quien atribuye el conde de Reus una importancia inverosímil en todos estos negocios.

Notó asimismo el general Prim que M. Billault se habia quejado de España y no de Inglaterra, y presumiendo si seria esto por singular malevolencia de Francia hacia nosotros, hizo recuento, gallarda muestra y cumplida enumeración de nuestro poder marítimo y terrestre, y habló de la altivez castellana y del valor y amor á la independencia de los españoles. Todos estos alardes, como no podia menos de suceder, fueron recibidos con una frialdad de hielo. Después de haber leído, como hemos leído todos, los veinte y tres documentos recientemente publicados, tales alardes venían muy poco á propósito en un ministerio. Después de la actitud humilísima que ha tomado el gabinete con Francia, sientan mal, y se asemejan mucho á ciertos defectos, que suponemos gratuitamente en los portugueses, esa alabanza y esa magnificación de nuestros bríos.

En el resto del discurso, sobre todo en cuanto se refirió á la impugnación de M. Billault, el general Prim estuvo mucho mas acertado, y en ocasiones muy elocuente. No le seguimos aquí en la relación de hechos que hizo, por no fatigar demasiado á nuestros lectores, á quienes remitimos el extracto oficial.

El apóstrofe del general Prim al emperador de los franceses arrancó, en verdad, algunos aplausos: pero los mas le oyeron sin entusiasmarse, porque no les sonaba bien aquella flantoría, aquella piedad profunda por los asendereados y pobres mejicanos, en boca de quien habia ido á guerrear contra ellos para forzarlos á aceptar la convención de 1853, calificada por él de inícuas.

Pero lo culminante, lo extraordinario, lo pasmoso del discurso del general Prim, fué cuando aseguró que ningún gobierno español, ni el presente, ni los venideros, enviarían, ni pensarian en enviar expediciones guerreras contra la república mejicana. Pues qué, ¿no sabe el general Prim que ese mismo gobierno á quien sirve ha pensado, ha querido, ha anhelado fervientemente enviar otra vez á Méjico esa expedición, y que Francia no lo ha consentido, no ha *protegido sus votos*, como diría el Sr. Posada Herrera? ¿Cómo puede desentenderse el general Prim del cambio de política del ministerio? ¿Cómo ignora, ó aparenta ignorar, que no diremos ahora porque el gobierno cambia de opinión y de política á cada instante, pero si mientras ha durado la embajada del marqués de la Habana, el gobierno á quien apoya el general Prim, ha querido de nuevo sostener con las armas la *inícuas* reclamación de Jucker, la opresión de nuestros hermanos de Méjico, el levantamiento de un trono á viva fuerza, y hasta la colocación en él del candidato del Sr. Hidalgo, de un rey medio creado, segun el general Prim, por este caballero particular y por otros cuatro amigos?

Esta incomprensible ignorancia ó este extraño olvido del general Prim, nos pasma y nos aturde todavía. Solo hay una cosa que nos pasma y aturde tanto por lo menos: la serenidad, la

acquiescencia, el reposo del ministerio al oírle.

¿Será que el ministerio piensa lo mismo que el general Prim cuando habla el general Prim, y lo mismo que el marqués de la Habana cuando habla el marqués de la Habana? ¿Será que el ministerio se rie de la una política y de la otra, y que le importan lo mismo los mas encontrados pareceres, y que los sigue todos, siquiera en apariencia, para no perder la amistad de los generales que le sostienen? Si esto fuera, que no queremos creerlo el ministerio jugaria con los mas sagrados intereses y con el decoro de la nación, y lo aventuraria todo por conservar el poder algunos meses mas, por prolongar, á expensas del buen nombre y del porvenir de España, su triste y desastrosa existencia.

No, no queremos nosotros acoger ni por un instante tan horrible sospecha. Es imposible que, por seguir gobernando tan mal, por oír todos los dias tantas censuras, tantas sátiras y tantas amargas verdades, solo endulzadas por las adulaciones y panegíricos de los que viven del presupuesto, y por verse de continuo engolfados en un mar de negocios que no se entienden y que salen por lo mismo uno mal y otro peor, se despojen los ministros de su propia idea. Lo que nosotros creemos es que naturalmente, sin artificio ni malicia, sino *à nativitate*, no tienen idea ninguna, por lo cual son capaces de creer, con toda inocencia, cuando oyen al general Prim, que el general Prim tiene razon, y cuando oyen á otro, que es el otro quien la tiene.

Terminado el discurso del general Prim, hubo un incidente gracioso. El general Calonge, á quien el general Prim habia llamado *realista*, dijo algunas palabras, con la soltura y elegancia que él sabe decir, para explicar su *realismo* como un entrañable amor á la dinastía presente, pasada y futura (hipérbole que no se nos alcanza de puro encumbrada), y para tachar al general Prim, ya se entiende que por mera *faccie de republicano*. Sobre esto contestó el general Prim, y volvió á replicar el general Calonge, y todos los circunstantes quedaron convencidos así de la discreción y buen gusto de ambos en estas contiendas urbanas de ingenio y de agudeza, como de que ni el uno es republicano, ni el otro es realista, sino en el sentido honroso de la palabra, limitándose los dos á ser *rescaldados*, lo cual nos apesadumbra en personas de tanto mérito y que nos son tan simpáticas.

Puesta á votación, porque no hubo mas remedio, la enmienda del general Prim, causa del discurso que nos ha sugerido estas reflexiones, el Senado, casi por unanimidad, no quiso tomarla en consideración. Así desaprobo la conducta del general Prim en Méjico, que el ministerio ha aprobado y desaprobado alternativamente. Esta votación puede decirse que fué al propio tiempo censura y encomio del ministerio. Alguna ventaja habia de tener el ministerio en ser inconsecuente; pero la pobre nación no saca de ello otra ventaja que la de ver con asombro casos inauditos que se registran en los anales políticos del mundo todo, y que pasarán por fabulosos en las futuras edades.

Asustada sin duda *La Epoca* de que el general O'Donnell se enfure por los terribles ataques que dirige á su predilecto en el interior el señor conde de Reus, aprovecha anoche la ocasión, al contestar á *El Constitucional* para divinizar y ensalzar al duque de Tetuan.

Es imposible leer sin profunda amargura los periódicos ministeriales; ellos y sus oradores tiemblan ante la idea de desagradar al *hombre necesario*, y llevan su temor al extremo de caer en las mas ridiculas y absurdas contradicciones.

Si Donoso Cortés viviera, comprendería ahora mas que nunca cuánta razon tuvo al decir que hay cosas de las cuales es preciso apartar la vista con horror, y el estómago con asco.

Desearnos ardientemente que haya en cualquiera de las Cámaras hombres políticos que consideren la cuestión de Méjico en sí misma, sin convertirla en asunto de decoro nacional; porque, como hemos dicho en repetidas ocasiones, la nación, lejos de hacerse solidaria de las torpezas del gobierno, protesta contra ellas, y sin duda se equivocan los que quieren escusar la gran responsabilidad en que han incurrido poniendo delante de sí como valladar inespugnable el sentimiento de independencia que se abraza en todos los pechos españoles. Seria el colmo de la insensatez y del delirio consentir que el ministerio confundiese su causa con la de la nación.

El general Prim, individuo importante de esta situación, y cuyos actos en Méjico han sido repetidas veces aprobados con toda solemnidad por el gabinete, hizo ayer la mas completa apología del gobierno de Juárez, sin que ninguno de los ministros haya opuesto ni el mas leve correctivo á esta ni á ninguna de las gravísimas aseveraciones del discurso del señor conde de Reus. Ese mismo gobierno que ayer oia sin inmutarse y con satisfacción al representante de su política en la cuestión mejicana, ponía en boca de S. M. al abrirse la anterior legislatura, las siguientes palabras: «Los desórdenes y sucesos han llegado á su colmo en el desventurado pueblo mejicano. «*Rotos los tratados, menoscabados los derechos, condenados mis súbditos á graves atentados y peligrosos*, era indispensable dar á la vez un ejemplo de saludable rigor y un testimonio de elevada generosidad.»

Y mas adelante añade: «La Francia, la Inglaterra y la España se han puesto de acuerdo para alcanzar las reparaciones debidas á sus agravios, y las garantías necesi-

rias de que no se repetirán en Méjico LOS INTOLERABLES ATENTADOS QUE HAN ESCANDALIZADO AL MUNDO Y AFRENTADO A LA HUMANIDAD.»

Escusamos por inútil todo comentario.

El marqués de la Habana es el sexto embajador ó ministro plenipotenciario, que presenta su dimisión desde que la diplomacia española anda en manos del Sr. Calderon Collantes. La política que el actual ministro de Estado manda hacer á los agentes diplomáticos de España en el extranjero es tan disparatada y está sujeta á tales cambios, que los hombres mas importantes de la situación han tenido que renunciar á la que en otro tiempo era honra y es hoy gran desventura, de representar á nuestra patria. Rios Rosas, Pacheco, Pastor Diaz, Mon, Concha y el marqués de Miraflores han pasado sucesivamente por Roma, Méjico, Paris y Lisboa, como las figuras de una linterna mágica, regresando á Madrid con el desconuelo de haber visto por sus propios ojos el lugar que ocupamos en los consejos de Europa, merced á la política negativa del Sr. Calderon Collantes.

Mientras el conde de Cavour hacía una gran nación de un pequeño Estado, el gobierno que preside el general O'Donnell ha hecho una república de Andorra de un gran pueblo.

Dice *La Correspondencia*:

«EL CONTEMPORANEO, amostazado sin duda al ver que el señor marqués de los Castillejos no ataca al gobierno en su discurso, empieza á cansarse de oír al general Prim, y dice que el país nada saca de la peroración de dicho general.»

¿Qué importa á EL CONTEMPORANEO que el general Prim ataque ó no ataque al gobierno? ¿Será el gobierno menos malo, serán menos tristes las consecuencias de la desdichada cuestión de Méjico, porque el general Prim se postre ante el ministerio, haciendo después de tres dias de discurso caso omiso de veintitres documentos que condenan su conducta, y eso que sabemos de buena tinta que los mas humildes no se han publicado? ¿No se levantará en el ánimo de todo buen español una queja amarga y un grito de indignación entre cuantos han contribuido á la realización de tanto mal, porque en el ánimo del general Prim no se levante?

Siga en buena hora el general Prim al lado de un gobierno que después de oírle se niega á aceptar su enmienda, que si después de esto se queda satisfecho, no ganarian gran cosa las oposiciones en tenerlo á su lado.

Se necesita estar ciego, y el general Prim tiene muy buena vista, para no ver el cambio de política que ha hecho el gobierno en estos últimos tiempos en la harto triste célebre cuestión de Méjico.

La verdad es como el sol, decía ayer el ilustre senador; se oscurece alguna vez, pero no se oculta nunca. ¿Y los veintitres documentos, decimos nosotros, quién los oculta? ¿Será el temor de desagradar al autócrata del vicalvarismo, la nube que oculta las instrucciones dadas al general Concha?

La Virgen del Pilar, que no quiere ser francesa, no quiere e de seguro ser resellada.

Ayer, con motivo de una alusión personal, se levantó en la alta Cámara el general Calonge, y pronunció algunas frases.

Es difícil encontrar una persona que hable mejor que el señor general Calonge; su frase es correcta; su dicción limpia y pura; su actitud verdaderamente elegante.

¿Cuántas condiciones perdidas! ¿Qué causa podrá defender ya este hombre político, que estaba llamado á ocupar uno de los primeros lugares en la historia política de nuestro país? El general Calonge debiera haber pronunciado ayer un gran discurso; el gobierno lo ha dejado reducido á no poder hablar mas que en cuestiones personales.

La Epoca, periódico ministerial, lleva su oposición á la conducta del general Prim aprobada solemnemente por el gobierno hasta tal punto, que se necesita leer su artículo de anoche para conocer el abismo que hoy separa á las dos facciones de la mayoría. Por nuestra parte, no queremos reproducir los gravísimos y sangrientos ataques que *La Epoca* consigna en sus columnas; pero lo que no puede explicarse es cómo un periódico que con tanta dureza trata á quien ha merecido la aprobación mas explícita de todos sus actos, continúa llamándose ministerial, cuando todos los ataques dirigidos al general Prim hieren al gobierno, único responsable á los ojos de la razon y de la ley de cuanto ha ocurrido en la desdichada cuestión de Méjico.

Segun *La Epoca*, el general D. José de la Concha hablará en pró del mensaje á la corona, apreciando imparcialmente la cuestión que se debate en el Senado.

Es decir, que el general Concha considera que el párrafo relativo á Méjico es una condenación implícita de los actos del conde de Reus, lo cual está conforme con el voto del gobierno contra la enmienda del general Prim.

Nos explicamos la actitud del marqués de la Habana.

El *Eco del País* dice que se dice que nunca ha sido mas fácil que ahora la modificación ministerial, pues algun individuo del gabinete manifiesta deseos de sustituir al general Concha en la embajada de Paris. Nuestro colega no desconfia de que se realice este anuncio.

Creemos que nadie puede desear el cargo de embajador en Paris, sino el Sr. Calderon Collantes, quien, por la gran confianza que tiene en su

